

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

SÍ, ES JUSTO distinguir dos momentos en mi obra poética— nos dice Rubén Bonifaz Nuño. —Esto, sin embargo, no implica contradicción entre uno y otro, o cambio fundamental en la actitud creadora. —Hace una pausa. Contempla el paisaje más allá de los ventanales de la torre del rectorado en la Ciudad Universitaria. Luego, sonriendo, añade: —Claro, hay diferencias notables en la expresión. Pero, si mira usted bien, descubrirá que el primer momento fue de adiestramiento, de estudio. El segundo, iniciado con *Los demonios y los días*, es, realmente, de creación...

Rubén Bonifaz Nuño, nacido en la ciudad de Córdoba, Veracruz, el 12 de noviembre de 1923, nos recibió con sencilla cordialidad. Jovial y, sin embargo, parco en su habla; al parecer extrovertido, contiene en sí mismo la riqueza de su impulso creador y la fuerza de su expresión, sin prodigarse. Es una combinación equilibrada de la expansividad peninsular y la reserva y continencia mexicana. Su abundante y ondulada cabellera corona su rostro firme, en el que destacan la boca sensual y los ojos ágiles, penetrantes. Por momentos desconcierta su timidez exterior con la audacia de su pensamiento y su juicio certero y epigramático.

Con sus palabras recordamos aquellas líneas de su *Poética*, IV, de 1951.

"Cualquier tema debe ser admitido en la grávida pureza de un verso como noble material. El asunto no es la fuente de la dulce hermosura..."

—Vea usted —añade—. El asunto es nada más que la materia, "desolada materia" como afirmo en mi *Poética*. La materia cobra belleza, significación, puede ser comunicada de manera eficiente, mediante el arte, que la limita, la contiene, la anima con el alma del poeta, que es su modo peculiar de comunicarse.

Los primeros pasos

Rubén Bonifaz Nuño vino desde su ciudad natal a México, D. F., siendo muy niño. Hizo su instrucción en esta capital, habiendo seguido los estudios de Preparatoria y los de Jurisprudencia, graduándose de abogado en 1950.

—Debo mi vocación al maestro Erasmo Castellanos Quinto. En sus clases de la Preparatoria sentí despertarse en mí la necesidad de escribir. Entonces, aún no me atrevía con la poesía. Los poetas de mi promoción eran Fausto Vega, Ricardo Garibay y Jorge Hernández Campos; el primero es ahora excelente ensayista, el segundo cuentista de dotes extraordinarias. Esto era en los años 1941 y 1942.

Bonifaz Nuño medita unos instantes. Sonríe.

—Tal vez ellos empezaron a escribir antes que yo. Yo estaba en la etapa de la lectura. Era un lector voraz, infatigable. El maestro Castellanos Quinto me familiarizó con el Siglo de Oro español. Llegó el momento en que me fue imposible negarme a la escritura poética. Y, con el natural temor, mostré mis composiciones en la clase. De esta manera, sin sufrir demasiado —antes bien, con regocijos frecuentes—, llegué a la poesía. Nuestra promoción tiene una deuda im-

RUBEN
BONIFAZ
NUÑO

Por Mario PUGA

pagable con el maestro, verdadero suscitador de inquietudes, descubridor de vocaciones, que forjó en nosotros el amor a la belleza.

Le preguntamos por sus primeros versos preparatorianos:

—No me los recuerde. ¡Son abominables! —Pero, como nosotros le objetamos, él insiste: —No, no habría ahora

dos años después, hicimos otra tentativa. Trabajamos en la revista *Firmamento*. Corría el año 1945. Los que integramos el equipo de *Fuego Nuevo* nos lanzamos a esta segunda aventura, acompañando a Ramón Gálvez, y al joven poeta yucateco Aníbal Magaña, desaparecido tempranamente, cuando daba frutos sazonados.

Las obras

En 1945 Bonifaz Nuño entrega su primer libro, *La muerte del ángel*, compuesto de diez sonetos.

—Usted se dará cuenta de que entonces pesaba sobre mí la influencia de Rainer María Rilke. Sí, era el poeta que yo seguía. En él hallé ciertas notas comunes a mi sensibilidad, a cuya expresión rilkiana no pude sustraerme.

La muerte del ángel fue aplaudida por la crítica.

—Naturalmente, yo sabía de memoria muchos poemas de López Velarde. Su poesía de tono menor, su tierna dedicación, su humildad provinciana movieron mi ánimo. Pero él no fue una influencia determinante. No, no lo permitieron mis



"jovial y, sin embargo, parco en su habla"

alguien con tanta buena voluntad como para soportarlos. Ellos me descubrieron ese mundo maravilloso, imposible de alcanzar con mis escasas fuerzas. Perseveré. Y escribo, ahora por deber.

El joven poeta emprendió en 1943 la aventura editorial. En compañía de Jorge Hernández Campos, Ricardo Garibay, Fausto Vega y otros de su generación, organiza y publica la revista *Fuego Nuevo*, de la que aparecieron dos números. Agrupaba en sus páginas a escritores de la última promoción, que hacían su primera salida.

Rubén Bonifaz Nuño recuerda con calor fraterno al autor de *El Vals*, excelente novela que publicara en España Hernández Campos, quien sorprendió a la crítica, en 1945, con su poemario *La parábola del terrón y otros poemas*.

—Nuestra primera salida, entusiasta pero inarticulada, acabó muy pronto. Casi

lecturas, mi amor a los clásicos españoles y latinos. De las opiniones generosas, ninguna más alentadora que la de Agustín Yáñez en "Occidente". Sus palabras afirmaron mi vocación. A ellas debo el que continúe en el ejercicio poético.

Observamos al poeta, mirándole interrogantes:

—Agustín Yáñez —nos explica— mencionaba en un artículo a dos hombres de importancia en el Estado de Veracruz. Uno, conocido y admirado por todos, el historiador don Joaquín Ramírez Cabañas. El otro... yo, el desconocido, un joven que empezaba. —Sonríe, como si todavía hoy se sorprendiera. —Sí, me hizo sentir la responsabilidad de mi trabajo. Supe, así, que yo no estaba escribiendo para mí, sino para ellos, a quienes podría comunicarles en arte lo que es patrimonio común, el dolor y la alegría, lo bello en la vida y en la muerte.

Comienzan sus colaboraciones en *El Nacional*, durante 1946, en cuyas páginas, aparecen diversos poemas, muchos de los cuales no recogerá en volumen, y en *Novedades*. En el mismo año de 1946 forma en el cuerpo de redacción de la revista *Letras de México*, que fundó Octavio Barreda, a quien se debía ya *El hijo pródigo*, la publicación que descubrió y formó a una generación.

El segundo libro, *Poética* aparece sólo en 1951. Como en el primer caso, consta de unos cuantos poemas. Opúsculo de una docena de páginas fue, sin embargo, esencial al desarrollo de su obra. Le definió en el arte y también en la vida. Fue su profesión de fe. El ejercicio de sus calidades humanas, la entrega de sus aptitudes al ser humano a quien él contempla con amor, conmovido por los problemas del ser y la existencia, angustiado por las contradicciones del querer y el existir.

—En mi breve *Poética* —explica Bonifaz Nuño— condensé mi preocupación. Deslindo para mí las funciones del contenido y el continente, o la materia y la forma. Aquella se da por sí misma, es la vida, parte de nosotros mismos o del mundo que nos rodea y al que pertenecemos. Pero la forma es el vaso, la obra esforzada del poeta, producto de su lúcida vocación, de su sensibilidad profunda, diestra para la comunicación. Si ambas no se amalgaman el arte fracasa; la poesía queda en monólogo, no llega al diálogo.

Decía entonces:

"Largo es el tiempo de la muerte. Corto el que vivimos. Nada nos resguarda, del todo somos indigentes. Sólo nos ampara la belleza. Porque por ella en lo mudable asimos la forma —esencia— de lo permanente, lúcida contenida por el ser profundo del poema..."

La *Poética* fue editada por los Pre-sentes. Entonces Juan José Arreola iniciaba su aventura editorial, acompañado por Jorge Hernández Campos, Ernesto Mejía Sánchez y Enrique González Casanova.

A fines del mismo año de 1951 publicó *Ofrecimiento Romántico*, plaquette que reúne siete sonetos de amor realizados en 1949. Fue editada por *Los epígrafes*, otra aventura editorial, esta vez de los jóvenes escritores Jorge López Páez y Salvador Reyes Nevares.

En 1953 aparece *Imágenes*, en la colección *Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica*.

—Esta obra resume el ejercicio poético a que me sometí durante años —nos dice—. No tomé la poesía como juego o pasatiempo. Para mí la literatura tiene la seriedad de la vida, y la responsabilidad que ella demanda de nosotros. Tengo la conciencia de satisfacer con ella un deber íntimo, reclamado por la naturaleza del hombre. Porque el poeta devuelve a la comunidad lo que recibe de ella como estímulo, experiencia o conflicto.

Observemos que en *Imágenes* él siente la soledad, la comunica, se lamenta de ella.

—Sí —nos dice—. Hablo, sobre todo, del amor, creo en él y vivo la esperanza de la fraternidad. Vivir sin fe en los hombres, sería una monstruosa caída. Pero como creo en la vida y en su belleza, tengo ciertas convicciones. Por ejemplo, la obra de arte es un deber, el

deber de comunicarse, que conduce a la lucha, a tomar posiciones en el combate...

Los demonios y los días

Durante tres años Rubén Bonifaz Nuño escribe y construye. Está edificando su mundo interior, organizando su idea del mundo y del destino humano. No se ha parado en la queja amorosa ni en la añoranza romántica. Alerta a los desgarramientos de nuestro tiempo, participe de sus padecimientos, él logra una actitud definida. Toma posiciones. Se ha desgarrado las ropas, se ha despojado de lo paramental y anecdótico, pero inmerso en su tiempo, ha llenado su poesía de temporalidad, como Antonio Machado. Su poesía ha crecido desde dentro, de la entraña misma del mundo contradictorio para protestar, comunicarse y afirmar su esperanza. Se revela ésta en su apasionada afirmación de la belleza, del heroísmo, de la comunidad, del derecho a la vida y la libertad. A su reino de justicia.

Substancia de su fe, fundamento de su creación es el amor. No es amor metafísico. No, es el amor que participa de la sensualidad transparente y jugosa de los clásicos latinos; del desgarramiento místico y religioso de los españoles —San Juan, Fray Luis de León—; de la antinómica y constante contraposición de vida y muerte, amor y odio, comunidad y soledad de Quevedo y Garcilaso...

Le preguntamos cómo hizo este camino que, ensanchando su poesía, le comunica libremente con el hombre común, el hombre solo, el hombre pobre que diría Vallejo.

—Mi admiración por la obra de tres grandes poetas contemporáneos me ayudó a dar el paso. En ellos —Pablo Neruda, Miguel Hernández y César Vallejo—, hallé la belleza pura y eterna, y el contenido intenso y hondo de humanidad. Yo creo en la necesidad de que materia y forma se correspondan, se apoyen recíprocamente. Toda materia es buena. Pero olvidemos el arte.

Poetas de aquí y de allá

—Admiro la obra de los grandes poetas mexicanos, en la que he aprendido mucho. De los contemporáneos, mis preferidos son Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes —maestro de las formas—, Carlos Pellicer, cuya religiosidad me dio recogimiento y meditación; José Gorostiza, poeta del sentido trágico de nuestra vida; Efrén Hernández, en fin. De cada uno de ellos, expresadores de nuestra realidad poética, he recibido algo.

Le hacemos notar cierta omisión.

—¿Octavio Paz? Considero que su obra es importante. Reconozco su valor y lo admiro. Es de los que leo con gusto, sin que me apasionen.

Va ahora nuestra pregunta a los grandes poetas hispanoamericanos.

—Creo haberlo dicho antes. Para mí, Neruda es el más grande poeta vivo de lengua española. No solamente por las dimensiones prometeicas de su obra —todos los problemas contemporáneos del existir del hombre, sus conflictos, sus luchas, sus aspiraciones, se hallan en su obra—, sino porque es el poeta lírico extraordinario. Le sorprenderá —nos di-

ce sonriendo—; lo que todavía me gusta más es la *Barcarola*. En seguida, sus grandes cantos épicos, *Alturas de Macchu-picchu*, *Los conquistadores*, *Los libertadores*, de su *Canto General*. En Neruda está toda la herencia cultural de España y de América. Es el poeta más completo nacido en nuestro continente.

El viaje soñado

Rubén Bonifaz Nuño es poeta sin viajes. El no se trasladó fuera de su patria en busca de las grandes obras del arte universal. No ha encontrado el medio de emprender la aventura de las comprobaciones. Porque su conocimiento del arte clásico latino es de los mejores y más serios. Traductor de Horacio y de Virgilio, en compañía de Amparo Gaos ha preparado una *Antología de la poesía latina*, obra de selección, traducción y crítica la más completa emprendida actualmente en este país. Será editada por la Universidad de México. Constan los originales de más de 500 cuartillas.

—No he hecho más que un viaje al otro lado del Bravo. Tres horas en El Paso, Texas. Ocasión para esta visita fue mi permanencia temporaria en Ciudad Juárez, Chih. Antes de emprender el regreso a México, D. F., me pareció necesaria una breve incursión al país vecino. Merecí la exquisita cortesía norteamericana. —Hace una pausa. Sonríe y nos miran sus ojos vivaces y penetrantes.

—¡Imagínese! ¡Qué cordialidad la de ellos! Tan pronto hube entrado al autobús estupendamente equipado, un rubio de uniforme se levantó y conduciéndome del brazo, ceremonioso, hizo que yo ocupara asiento entre unos caballeros mexicanos y unos negros muy bien vestidos y educados. Nunca recibí mayor atención.

El poeta ríe. Bajo la vibración de sus palabras, sentimos su dejo de burla. Comprendemos su acre ironía, la sátira cruel, el sarcasmo de sus poemas que hacen las separaciones internas de *Los demonios*. Reímos con él.

Le preguntamos por su afición a la música y la pintura.

—Soy un amante de la música. Los autores clásicos me dan grandes estímulos. Pero nadie tanto como Juan Sebastián Bach. Conozco su obra. Es mi gran maestro... De la pintura prefiero a los maestros del Cuatrocientos. Tengo reproducciones de las obras de todos ellos, en las mejores ediciones.

Se ha callado. Contemplamos su rostro sereno, los ojos iluminados. ¿Cómo es que este poeta extraordinario no ha viajado aún a los grandes centros de la cultura universal? Se lo preguntamos. Con encogimiento de hombros nos dice:

—Soy descuidado. No sé, lo que se dice, administrarme. Pasa el tiempo en mis lecturas, escribiendo, amando la vida... Pero, créame, el viaje de mis sueños tiene por destino Italia. Algún día lo haré. ¡Qué inmensa alegría tendré al tocar, y mirar los viejos monumentos latinos. Tendré quizás en mis manos pesados y gruesos pergaminos, los infolios... Admiraré los originales cuatrocientistas...

Bonifaz Nuño sonríe nuevamente. Se le llena el pecho de anhelos con el aire tibio del mediodía. El teléfono ha sonado ya varias veces. Nos despedimos.